

☛ Maximiliano pedía nuevas opiniones. Otra vez lo atacaba un acceso de irresolución. Sus antiguos ministros liberales, Ramírez, Robles y Escudero, habían ido á la Teja para despedirse. Como signatarios del decreto marcial del 3 de octubre, comprendían que la República no los perdonaría, y para su sentido de mejicanos, la República no tardaría en ser el gobierno indiscutible y necesario. Se iban, pues, aceptando la lógica de su error. Sirvieron un poder impuesto por fuerzas extranjeras, y al desaparecer el ejército de ocupación, se iban ellos para librarse de las represalias que adivinaban implacables. ¿Por qué no hacía lo mismo Maximiliano? Esos hombres no mentían, no podían mentir; tampoco se engañaban al aconsejarle la abdicación. Su posición les daba lucidez. Sus antecedentes los recomendaban como autorizados para penetrar los secretos de la situación. Maximiliano, conmovido, lloró con ellos: convencido, al parecer, ó por lo menos convencido momentáneamente, les anunció que en breve partiría. El DANDOLO permanecía en Veracruz esperándolo.

☛ Con todo, él no podía irse como un Ramírez, silenciosamente, inadvertido: tenía que salir con el penacho al viento. Un Hapsburgo no abandona su puesto á la hora del peligro... Por otra parte, el DIARIO DEL IMPERIO, al anunciar su regreso á la capital, le llamaba «príncipe de corazón magnánimo, que venía á salvar á la patria de la anarquía, de la disolución y de la muerte, ofreciéndole de nuevo su brazo, su corazón y su vida.» Así se preparaba un patíbulo construido con frases.

☛ Cada vez que Maximiliano tenía un problema, vacilaba, y cada vez que vacilaba, pedía opiniones que no le llevaban jamás una convicción. Al entrar en Méjico, preguntó al Consejo si era procedente y práctico MONTAR Á CABALLO PARA CONQUISTAR SU IMPERIO, como había dicho el mariscal Randon.

☛ En el Consejo señoreó la retórica. No podía faltar en una asamblea de políticos, menos aún en una asamblea de mejicanos, y mucho menos en una asamblea de conservadores, con pocos y ya desanimados liberales. La retórica en este caso se llamó Arango y Escandón. Se presentó admirablemente vestida, admirablemente pensada á retazos, con un discurso de tres partes inconexas, contradictorias, que sólo dejaban la impresión de la resolución sombría tomada por un hombre de espíritu imparcial, superior á las ofuscaciones de partido, pero llevado á la acción por la locura colectiva. Arango no creía que hubiese recursos, que hubiese soldados, como lo anunciaba el ministerio. «A pesar de esto, debemos luchar, y luchar hasta el fin por conservar el principio monárquico en Méjico, base y elemento esencial de la vida, del engrandecimiento y de la prosperidad de nuestra patria.»

☛ El país, desorganizado, solicitaba la intervención extranjera. Los partidarios de la tradición dirigían la vista á Europa; los liberales, á los Estados Unidos. Ni unos ni otros eran traidores por esto. La influencia europea había resultado nula por la ineficacia de su intervención; la de los Estados Unidos sería peligrosa. Los franceses se iban, diciendo que era imposible dominar un país republicano. ¡Mentira! el país no era republicano ni monárquico. «Lo que el país quiere ante todo es paz: se prescindiría con gusto de los derechos políticos, con

tal de disfrutar por completo de las garantías civiles. Nuestro pueblo se ocupa muy poco de formas y sistemas de gobierno. Lo digo sin agravio de nadie: aquí, como en todas partes, la cuestión actual es más de policía que de política; y entre nosotros será bendito el gobernante que devuelva á esta desdichada sociedad el sosiego que las malas pasiones de unos cuantos le han arrebatado....» ¿En dónde estaba ese salvador de la patria, emperador ó presidente? No podía ser Juárez: tenía que ser Maximiliano ó Miramón. Sólo las amables condescendencias, la complicidad del poder interventor, podían dar fuerza á la revolución que pretendía derribar el trono. Y acababa su discurso tomando consejo de la ira, como Paulo IV, para decir á Bazaine las palabras del Papa al duque de Guisa: «Idos: nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano; menos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra.» Éste era el objeto del discurso: desahogada la ira contra Bazaine, resuelta la permanencia de Maximiliano, á pesar de que el Gobierno imperial no contaba con recursos, nada había que agregar.

☛ Bazaine puso un poco de buen sentido en el debate. ¿A qué venía la reminiscencia histórica del Sr. de Arango y Escandón? El hecho indestructible era que el régimen federal se había restablecido en la mayor parte del territorio. Las operaciones militares no tendrían más resultado que la capitulación ó el pronunciamiento por la República de las guarniciones imperiales aisladas en medio de un territorio hostil. Para restaurar la paz y para impedir la intervención de los Estados Unidos, no quedaba sino la organización federal que se hacía espontáneamente. «En resumen, concluía Bazaine, creo que S. M. no puede seguir gobernando el país en condiciones normales para su soberanía, sin descender al rango de jefe de partido, y por esto es preferible para su seguridad que haga entrega del gobierno á la nación.»

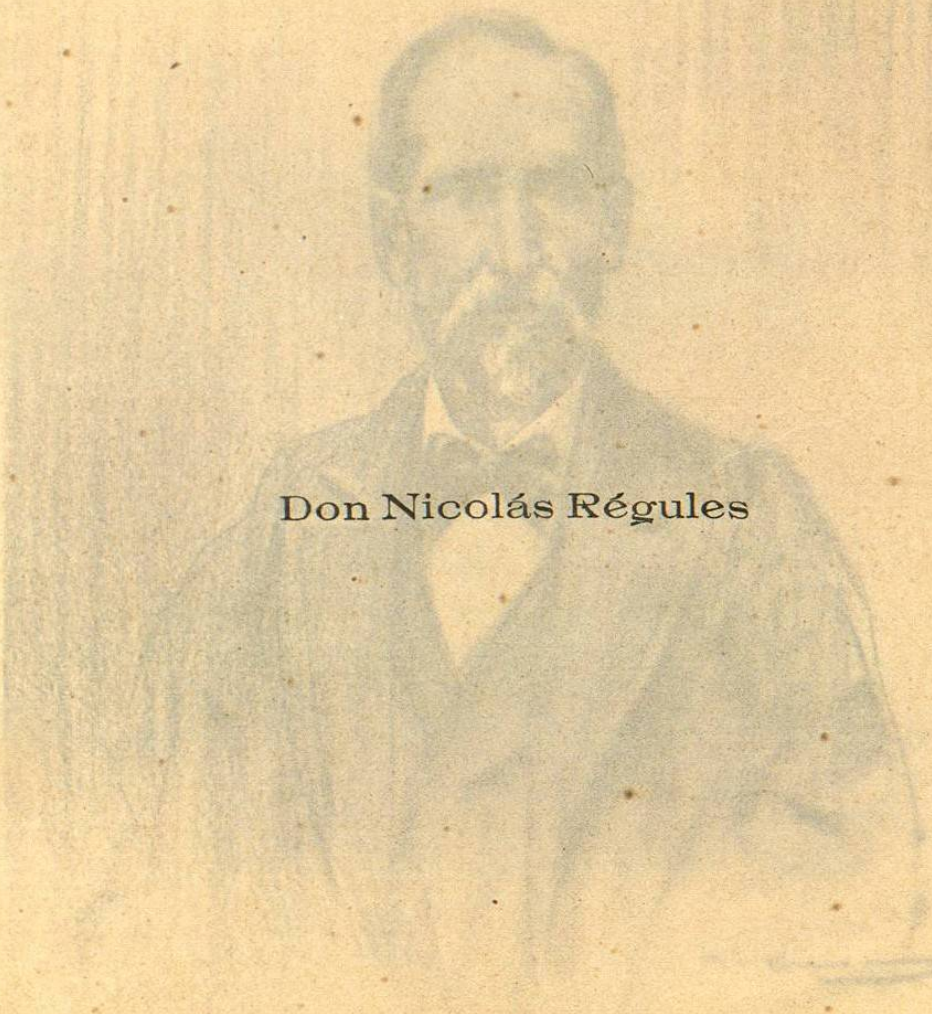
☛ Después de estas palabras y de las altisonantes de Arango y Escandón, Maximiliano se atrincheró en su palacio, negándose á toda comunicación con los franceses y aguardando con impaciencia la próxima salida de sus fuerzas. Los representantes de Europa, unidos á los representantes de Napoleón, hicieron un esfuerzo más para romper la cárcel en que se había metido Maximiliano. Su Gabinete se hizo antipático á todos ellos por la orden ministerial que imponía el pago de dobles derechos á los causantes que ya los tenían cubiertos en la aduana de Veracruz de acuerdo con la convención del 30 de julio. ¿Qué clase de hombres era ésa que se arrojaba como banda de facinerosos contra los comerciantes, en flagrante violación de un pacto internacional? El cuerpo diplomático vió con disgusto esta maniobra indecorosa para el Gobierno, y aprobó las resoluciones enérgicas tomadas por el mariscal, el cual puso la fuerza armada á disposición de los comerciantes para que sacasen sus bultos de la aduana. Los incidentes de este género menudeaban y pusieron las cosas en tal extremo, que el 28 de enero acabó toda relación entre el Gobierno imperial y Bazaine. El mariscal escribió al Emperador una carta que contenía este párrafo: «Creo prestar un servicio más al Emperador, ilustrándolo sobre las tendencias é insinuaciones péfidas de una facción que cuenta con muy pocas simpatías y cuyos jefes abu-

san del ascendiente que creen tener ó de la confianza que han sabido inspirar, para preparar á Méjico una era de sangrientas represalias, de dolorosas peripecias, de ruina, de anarquía y de humillaciones incontables.» La carta fué devuelta. Ocho días después, Bazaine salía de Méjico, las fuerzas francesas desocupaban la capital y Maximiliano se declaraba ¡AL FIN LIBRE!

☞ Juárez contaba con dos factores para el triunfo de la República: los caudillos y los caciques. Los primeros, hombres admirables por la constancia en el sufrimiento, por el valor demostrado ante un enemigo que contaba con todos los elementos, por la inteligencia con que habían organizado ejércitos y por la pericia con que los habían conducido, rehaciéndolos después de cada derrota y aumentándolos cuando salían victoriosos, han merecido bien de la historia y figuran en primer término, ya lo hemos dicho, como sostenedores del honor nacional. Los caudillos fueron hombres fuertemente auxiliados por su prestigio local, pero no jefes de campanario. Sobre todo, los dos principales, Díaz y Escobedo, eran figuras nacionales; por lo que, si bien tenían como centro el uno á Oajaca y el otro á Nuevo León, extendían sus operaciones y su influencia en zonas dilatadas. Ambos habían comprometido su reputación militar y política en la defensa del Gobierno. En el mismo caso se encontraban Corona y Régules, que seguían á los dos anteriores, aunque por antecedentes y prestigio estaban muy lejos de Escobedo y Díaz. El Gobierno de Juárez podía, en lo absoluto, contar siempre con los caudillos, hasta el fin de la guerra. La aprobación explícita con que habían recibido la prórroga de funciones de Juárez, solidarizaba su acción con el Gobierno.

☞ El otro factor, más oscuro, pero no menos eficaz, la influencia de los caciques, tenía que ser pasivo, egoísta, de ningún modo alto y patriótico. Había, pues, que contar con él tal como era, y utilizarlo sin exigir el valor, la abnegación, la inteligencia y el patriotismo de los caudillos. El cacique, huraño, sólo serviría para presentar obstáculos al enemigo, pero no para combatirlo fuera de sus desiertos ó desfiladeros.

☞ Era natural que, al desaparecer los franceses ó sus auxiliares, el cacique tendiese á oponer iguales obstáculos á la República. Convenía, por lo tanto, ir contando menos con él á medida que se fuese retirando el peligro. ¿Fué un error de Juárez exigir que el cacicazgo en armas pasase á las filas de los grandes caudillos? Cuando todo el nordeste quedó desocupado por franceses, belgas y mejicanos al servicio del Imperio, Canales, cumpliendo con su fin de cacique, se alzó contra Juárez. Se repitieron los escándalos de 1864. Entonces había sido desconocida la autoridad de Ruiz; ahora se desconocía la de Tapia. En el intervalo se había desconocido la de Carvajal. Siempre se desconocería la de cualquiera que no contase con los elementos locales, desconfiados y prontos á la rebelión. Lo mejor era, pues, dejar á los caciques dueños de sus cacicazgos, de-



Don Nicolás Régules

...del momento que creen tener ó de la confianza que han sabido inspirar, para preparar á México una era de sangrientas represalias, de dolorosas peripecias, de viles, de anarquía y de humillaciones incontables.» La carta fué enviada cinco días después, Bazaine salía de México, las fuerzas francesas desocupaban la capital y Maximiliano se declaraba ¡AL FIN LIBRE!

El factor contaba con dos factores para el triunfo de la República: los caudillos y los caciques. Los primeros, hombres admirables por la constancia en el sufrimiento, por el valor demostrado ante un enemigo que contaba con todos los elementos, por la inteligencia con que habían organizado ejércitos y por la paciencia con que los habían conducido, rehaciéndolos después de cada derrota y aumentándolos cuando salían victoriosos, han merecido bien de la historia y figuran en primer término, ya lo hemos dicho, como sostenedores del honor nacional. Los caudillos fueron hombres fuertemente auxiliados por su prestigio local, pero no falta de campañas. Sobre todos, los dos principales, Díaz y Escobedo, eran grandes figuras nacionales por lo que bien tenían como centro el uno á Oajaca y el otro á Nueva León.

Don Nicolás Réquena

Antes habían estado en la delegación de la Secretaría de Guerra y Justicia, que en el Gobierno. En el primer caso se encargaron de Curcio y Regules, que seguían á los dos anteriores, aunque por antecedentes y prestigio estaban muy lejos de Escobedo y Díaz. El Gobierno de Juárez podía, en lo absoluto, contar siempre con los caudillos, hasta el fin de la guerra. La aprobación explícita con que habían recibido la delegación de funciones de Juárez, solidarizaba su acción con el Gobierno.

El otro factor, más oscuro, pero no menos eficaz, la influencia de los caciques, tenía que ser pasivo, egoísta, de ningún modo alto y patriótico. Había, pues, que contar con él tal como era, y utilizarlo sin exigir el valor, la abnegación, la inteligencia y el patriotismo de los caudillos. El cacique, huraño, sólo servía para pelear, luchar con el enemigo, pero no para combatirlo fuera de sus fronteras y fronteras.

Era natural que, al desaparecer los franceses ó sus auxiliares, el cacique tendiese á oponer iguales obstáculos á la República. Convenía, por lo tanto, ir conciliando con él á medida que se fuera retirando el peligro. ¿Fue un error de Juárez exigir que el cacicazgo en armas pasase á las filas de los grandes caudillos? Cuando todo el noroeste quedó desocupado por franceses, belgas y mexicanos al servicio del Imperio, Curcio, cumpliendo con su fin de cacique, se retiró á su casa. Se repitieron los escándalos de 1864. Entonces había sido reconocida la autoridad de Díaz y ahora se desconocía la de Tapia. En el intertanto se había desconocido la de Carral. Siempre se desconocería la de cualquier otro cacique que no fuera de los grandes locales, desconfiados y prontos á la rebelión. Lo mejor era, pues, dejar á los caciques dueños de sus cacicazgos, de-

... y su tiempo

